



Robert A. Heinlein

**HUÉRFANOS
DEL ESPACIO**

La nave estelar *Vanguard* mide casi 10 kilómetros de largo y 600 metros de diámetro. En su interior, viaja un grupo de personas que han perdido el recuerdo de su remoto origen terrestre, y que ni siquiera saben que el hábitat que ocupan se encuentra dentro de un vehículo espacial. En otra zona de la nave viven unos mutantes deformes. Cuando Hugh Hoyland descubre por casualidad la cámara de mando, que se encuentra en la zona habitada por los mutantes, y ve por primera vez las estrellas y el universo, comprende la verdadera finalidad y naturaleza de la nave.

Huérfanos del Espacio es una *space opera* de gran acción y suspense que posee la gracia inimitable del estilo de Heinlein.

Primera parte

EL UNIVERSO

La Expedición de la estrella Próxima Centauri, patrocinada por la Fundación Jordan, en el año 2119, fue el primer intento para alcanzar las estrellas más cercanas de la Galaxia. Lo que pudo haber ocurrido en su infortunado empeño es algo que solo pertenece al reino de las conjeturas...

(Acotado del libro *Historias Románticas de la Moderna Astrografía*, de Franklin Buck, publicado por Lux Transcriptions, Ltd. 3.50 cr.).

—¡Cuidado! ¡Hay un amotinado!

Ante aquel grito de aviso Hugh Hoyland se zambulló sin tener un segundo que perder. Un proyectil de hierro del tamaño de un huevo se estrelló contra el mamparo, justo por encima de su cabeza, con una fuerza tal que prometía haberle fracturado el cráneo. La velocidad con que se había acurrucado levantó sus pies de las planchas del suelo de la cubierta y, antes de que su cuerpo pudiera asentarse lentamente sobre el suelo plantó los pies contra el mamparo y empujó con todas sus fuerzas.

Y salió disparado hacia abajo por el largo pasaje de una larga trayectoria, llevando el cuchillo dispuesto a entrar en acción para defender su vida.

Se retorció en el aire, comprobó la dirección con los pies contra el mamparo opuesto en la vuelta del pasaje desde el cual le había atacado el amotinado y flotó ligeramente ingrávido. La otra salida del pasaje estaba vacía. Sus dos compañeros se le unieron, deslizándose torpemente por las planchas de la cubierta.

—¿Se ha ido? —Preguntó Alan Mahoney.

—Sí —convino Hoyland—. Le he visto solo un instante al zambullirse por la escotilla. Creo que es una hembra. Parecía como si tuviera cuatro piernas.

—Dos piernas o cuatro, nunca le echaremos el guante —comentó el tercer hombre.

—¿Quién diablos quiere echarle el guante? —Protestó Mahoney—. Yo no.

—Bien, yo lo haré, si puedo —dijo Hoyland—. Por Jordan, si su puntería hubiera sido dos pulgadas mejor, en es-

te momento estaría dispuesto para ir al Convertidor.

—¿Es que no podéis dejar los dos de jurar en cuanto pronunciáis cuatro palabras? —protestó desaprobatoriamente el tercer hombre—. ¿Qué pasaría si el capitán os oyera? —y se tocó la frente con reverencia al mencionar al capitán.

—¡Oh!, por la memoria de Jordan —estalló Hoyland—. No seas estúpido, Mort Tyler. Tú no eres todavía un científico. Calculo que yo soy tan devoto como tú y que no existe ningún grave pecado en dar, a veces, rienda suelta a los propios pensamientos. Incluso los científicos lo hacen. Les he oído...

Tyler abrió la boca como si fuese a provocar una disputa; pero pareció pensarlo mejor.

Mahoney tocó a Hoyland en un brazo.

—Mira, Hugh —le rogó—, vámonos de aquí. Nunca tuvimos que haber subido tan alto. Me encuentro sin peso; quiero volver adonde pueda sentir algo bajo mis pies.

Hoyland miró largamente hacia la escotilla a través de la cual el asaltante había desaparecido, mientras que su mano continuaba aferrada al puño del cuchillo, y después se volvió hacia Mahoney.

—De acuerdo, muchachos —convino—. Hay un largo viaje hacia abajo, de todas formas.

Se volvió entrando por la escotilla, por donde habían alcanzado el nivel en que se encontraban entonces, con los otros dos amigos siguiéndole. Sin hacer caso de la escalera metálica por la que anteriormente hubieron subido, se dejaron caer por la abertura y cayeron flotando suavemente hacia la cubierta inferior a quince pies más abajo con Tyler y Mahoney siguiéndole de cerca.

Otra escotilla y vuelta a repetir el descenso, flotando hacia abajo, siempre hacia abajo, cayendo así durante varias docenas de niveles y cubiertas de la nave espacial, una bajo la otra; todas silenciosas, mal alumbradas y envueltas en el misterio. Cada vez descendían más deprisa, cayendo so-

bre cada cubierta con más fuerza. Al final, Mahoney protestó:

—Hugh, más vale que vayamos andando el resto del camino. Este último salto me ha hecho daño en los pies.

—Como quieras. Pero nos llevará mucho tiempo. ¿Hasta dónde hemos llegado? ¿Ha llevado alguien la cuenta?

—Tenemos que bajar setenta cubiertas de la Nave para llegar a los jardines hidropónicos.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Mahoney con sospechas.

—Los fui contando, estúpido. Y conforme vamos bajando, los voy tomando igualmente en cuenta.

—No lo has hecho. Nadie sino un científico puede llevar una cuenta así. Solo porque has aprendido a leer y escribir te crees que lo sabes todo.

Hoyland se metió en medio antes de que la discusión degenerase en una reyerta.

—Cállate, Alan. Tal vez pueda hacerlo. Es listo para esas cosas. De cualquier manera, parece que hemos atravesado setenta cubiertas. Ahora me siento bastante pesado.

—Tal vez le gustara contar las hojas de mi cuchillo...

—Calla, te he dicho. El duelo está prohibido fuera del poblado. Es la Regla —y continuaron en silencio, corriendo ligeramente escaleras abajo, hasta incrementar el peso de cada uno, lo que finalmente les obligó a moderar el paso. A poco, irrumpieron en un nivel que se hallaba brillantemente iluminado y más de dos veces tan profundo, entre las cubiertas como los de arriba. El aire estaba húmedo y tibio; la vegetación oscurecía la visión.

—Bien, abajo por fin —dijo Hugh—. No reconozco esta granja, hemos tenido que bajar por un lugar diferente al que subimos.

—Allí hay un granjero —dijo Tyler. Se puso los dedos en los labios y emitió un agudo silbido, llamando después—: ¡Eh, amigo! ¿Dónde estamos?

El granjero les miró con calma y después les encaminó pronunciando solo monosílabos y de mala gana, hacia el pasaje principal, que les conduciría hasta su propio poblado.

Un animado paseo de milla y media túnel abajo, moderadamente poblado con tráfico propio de los portadores de mercancías, peatones y un ocasional carretero, además de un científico muy digno, llevado en una litera por cuatro portadores y una escolta que iba despejando el camino, les llevó, por fin, a su propio poblado, un espacioso compartimento de tres cubiertas de altura y tal vez unas diez veces más ancho. Se separaron y siguió cada uno su camino; Hugh hacia su vivienda en los barracones de los cadetes, jóvenes solteros que no vivían con sus padres. Se lavó y desde allí se fue al compartimento de su tío, con quien hacía sus comidas. Su tía le miró de reojo al verle llegar; pero no dijo nada, como correspondía a una mujer.

—Hola, Hugh —le dijo su tío—. ¿Explorando de nuevo eh?

—Sí, tío. ¡Buena comida!

Su tío, un hombre sensible y estólido, le miró tolerantemente divertido.

—¿Dónde fuiste y qué ha sido lo que has encontrado?

La tía de Hugh se había deslizado silenciosamente fuera del compartimento, volviendo a poco con la comida que la situó frente a él. Comenzó a tomarla, sin que le diera las gracias, cosa que nunca solía hacer, y tomó un poco antes de contestarle, pero sin levantar la vista.

—Estuve arriba. Subimos casi al nivel donde no hay peso. Un amotinado intentó aplastarme el cráneo.

Su tío dejó escapar una risita entre dientes.

—Encontrarás la muerte en esos pasadizos, muchacho. Sería mejor que dedicaras más atención a mis cosas, pensando en el día en que yo muera y te deje libre el camino.

Hugh se mostró testarudo.

—¿Es que no tienes ninguna curiosidad, tío?

—¿Yo? Oh, ya escudriñé bastante cuando era un muchacho como tú. Seguí el pasaje principal por toda su longitud alrededor y de vuelta al poblado. Pasé también por el Sector Oscuro, con los amotinados siguiéndome los pasos. ¿Ves esta cicatriz?

Hugh la miró una vez más. La había visto ya muchas veces antes de que repitiese la historia que ya había llegado a aburrirle. Una vez, alrededor de la nave... ¡paff! Él deseaba ir a todas partes, verlo todo y descubrir el porqué de todas las cosas. Aquellos niveles superiores, si los hombres no intentaban saltar hasta tan arriba, ¿por qué los había creado Jordan?

Pero se guardó sus propias opiniones y continuó con la comida. Su tío cambió el sujeto de la conversación.

—Tuve una ocasión de visitar al Testigo. John Black afirma que le debo tres cerdos. ¿Quieres venir conmigo?

—Pues no... supongo que no. Espera... creo que será mejor ir contigo.

—Date prisa, pues.

Se detuvieron en los barracones de los cadetes, y después Hugh afirmó que era un recadero. El Testigo, vivía en un pequeño y maloliente compartimento que se hallaba directamente al otro lado de los Comunes, en los barracones, donde estaban a disposición de cualquiera que tuviese necesidad de su talento. Encontraron al Testigo sentado en el umbral, escarbándose los dientes con una uña. Su aprendiz, un adolescente vivaracho, tomaba asiento en el suelo, tras el Testigo.

—Buena comida —saludó el tío de Hugh.

—Buena comida te deseo, Edard Hoyland. —¿Vienes por negocios o en busca de la compañía de un viejo?

—Ambas cosas —repuso diplomáticamente el tío de Hugh explicando después la presencia del sobrino.

—¿Ah, sí? —repuso el Testigo—. Bien... el contrato está bastante claro:

Black John entregó diez fanegas de avena esperando en pago un par de cerditos.

Ed puso su cerda a que echase una camada.

—John cobrará su paga cuando los cerdos engorden.

—¿Cómo están ya de grandes los cerditos, Edard Hoyland?

—Bastante grandes —reconoció el tío de Hugh—; pero Black reclama tres, en vez de dos.

—Dile que se remoje la cabeza. El Testigo, ha hablado —y dejó escapar una risita entre dientes.

Ambos chismorrearon por algunos minutos; Edard Hoyland escarbando en sus recientes experiencias para satisfacer la insaciable curiosidad del viejo por toda clase de detalles. Hugh se mantuvo silencioso, mientras hablaban los ancianos. Pero cuando su tío volvió a hablar, se mezcló en la conversación.

—Me quedaré más rato, tío.

—¿Eh? Bueno, como quieras, sobrino. Buena comida, Testigo.

—Le traje un regalo, Testigo —dijo Hugh, cuando su tío se hubo marchado.

—Veamos lo que es.

Hugh sacó un paquete de tabaco que había sacado de un cajón de los barracones. El Testigo lo aceptó sin darle las gracias y lo entregó al aprendiz para que se hiciera cargo del obsequio.

—Pasa adentro, hijo —invitó el Testigo. Después, dirigiéndose al aprendiz, le ordenó: Eh, saca una silla para el cadete.

—Y ahora, muchacho —añadió cuando se hubieron sentado—, dime qué es lo que vas a hacer con tu persona.

Hugh se lo dijo; pero el anciano le rogó que se lo repitiera todo con detalle, especialmente con acontecimientos de sus más recientes exploraciones, mientras que el Testigo se quejaba de su incapacidad para recordar todas las cosas que había visto en su juventud.

—Vosotros, los jóvenes, no tenéis capacidad —pronunció como una sentencia—. Ninguna capacidad. Incluso ese patán —dijo haciendo una indicación al aprendiz que tenía tras él—, tampoco tiene ninguna, aunque es muchas veces mejor que tú. Deberías creerlo, no es capaz de absorber un millar de líneas por día y con todo, quiere ocupar mi puesto el día que yo falte. Cuando yo era aprendiz solía aprender esas mil líneas silbando. Unas barcas que hacen agua, eso es lo que sois...

Hugh no tuvo intención de disputar con el anciano por aquella acusación tan directa, sino que esperó a que el viejo continuase, cosa que hizo a su debido tiempo.

—Bien... ¿y tenías alguna pregunta que hacerme, muchacho?

—En cierta forma, Testigo.

—Está bien, hijo, adelante con lo que sea. No te muerdas la lengua.

—¿Ha subido usted alguna vez hasta arriba del todo, donde no tienen peso los cuerpos?

—¿Yo? Por supuesto que no. Yo he sido siempre un Testigo, aprendiendo mi obligación. Tuve que aprenderme todas las líneas de los Testigos anteriores y nunca tuve tiempo para distracciones de chiquillos.

—Había esperado que me dijese qué es lo que podía encontrar allí.

—Bueno, ahora es otra cuestión. Yo no he subido nunca; pero recuerdo lo que me han contado los que han subido y que han sido muchos. Yo soy ya un anciano. Conocí al padre de tu padre y antes a su abuelo. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Bueno —y Hugh se preguntó en aquel momento, qué era realmente lo que quería saber. ¿Cómo plantearía una pregunta que solo era una intuición, como una dolorosa sensación en su pecho?

—¿Para qué es todo esto, Testigo? ¿Por qué están todos esos niveles por encima de nosotros?

—¿Eh? ¿Qué preguntas? Por el nombre de Jordan, hijo... yo soy un Testigo y no un científico.

—Bien... creí que lo sabría. Lo siento.

—Pues lo sé. Lo que tú quieres es conocer las Líneas desde el Principio.

—He oído hablar de ellas.

—Óyelo nuevamente. Todas las repuestas que buscas están ahí, si tienes la suficiente sabiduría para verlas. Pon atención. No... aquí hay una oportunidad para que mi aprendiz muestre su aprendizaje. ¡Eh, tú! Las Líneas desde el Principio... y cuida del ritmo.

El aprendiz se humedeció los labios con la lengua y comenzó:

»En el Principio existía Jordan, pensando solo en Sus solitarios pensamientos.

»En el Principio había oscuridad, carencia de formas, muerte, y el Hombre era desconocido.

»De la soledad, surgió un deseo vehemente y del deseo vehemente, una visión.

»De aquel sueño, surgió un planeamiento y del plan una decisión...

¡Se levantó la mano de Jordan y la Nave nació!

»Milla tras milla de ajustados compartimentos, tanque tras tanque de grano dorado...

»Escaleras y pasajes, puertas y cerrojos, todo estaba hecho para las necesidades de los que no habían nacido aún...

»Miró a Su trabajo y le resultó grato, reunido y compuesto para una raza que aún tenía que existir.

»Pensó en el Hombre... el Hombre surgió al ser... comprobó su pensamiento y buscó la clave.

»El Hombre indómito y cerril habría avergonzado a su Hacedor, el Hombre no gobernado habría estropeado el Plan:

»Por tanto, Jordan hizo las Regulaciones; órdenes para cada hombre.

»A cada uno su tarea a cada uno su puesto, sirviendo a un propósito más allá del alcance de su vista.

»Algunos tienen que hablar y otros, escuchar; las órdenes llegan a la masa de los hombres.

»La tripulación que él creó para trabajar en sus estaciones, y científicos para llevar adelante el Plan.

»Por encima de todos él creó el Capitán y lo hizo un juez para la raza de los hombres.

¡Así ocurrió en la Edad de Oro!

»Jordan es perfecto; todos los demás, bajo él, carecen de perfección en sus acciones.

»Envidia, Avaricia... y el Orgullo del Espíritu buscaron mentes donde alojar sus semillas.

»Hubo uno que les dio su antojo... ¡maldito Huff, el primero en pecar!

»Su maldad en el consejo movió a la rebelión y colocó la duda donde no había estado.

»La sangre y los mártires mancharon las planchas del suelo, y el Capitán de Jordan hizo el viaje.

»La oscuridad lo engulló todo...

El anciano dio en la boca al aprendiz con el revés de la mano y le gritó:

—¡Inténtalo otra vez!

—¿Desde el principio?

—¡No! Desde donde perdiste el hilo.

El muchacho vaciló, y después continuó la retahíla:

«La oscuridad engulló todo camino de virtud, el Pecado prevaleció a través de toda la Nave...»

La voz del muchacho, monótona y regular, continuó aquella letanía que parecía no tener fin, párrafo tras párrafo, versículo tras versículo, recitando una inacabable relación, aunque con poca agudeza de detalle, de la vieja historia, la historia del pecado, la rebelión y el tiempo de la oscuridad. De qué forma la sabiduría prevaleció al fin y los cuerpos de los cabecillas rebeldes fueron arrojados como

combustible al Convertidor. De qué forma, algunos de los rebeldes escaparon, haciendo el viaje y vivieron para engendrar a los mutantes. Y cómo se eligió a un nuevo Capitán, tras de la oración y el sacrificio.

Hugh se removió incómodo, frotando los pies en el suelo. No había duda de que las respuestas a sus preguntas estaban allí, puesto que eran las Líneas Sagradas; pero él no tenía capacidad para entenderlas. ¿Por qué? ¿Para qué era todo aquello? En realidad... ¿es que solo había en la vida, el comer, dormir y finalmente el largo viaje? ¿No habría querido Jordan que él lo supiera? Entonces... ¿por qué aquel dolor encerrado en su pecho? Aquel hambre que persistía a pesar de la hartura de comer...

Cuando se disponía a alterar el ayuno tras haber dormido, un ordenanza llegó a la puerta del departamento de sus tíos.

—Los científicos requieren la presencia de Hugh Hoyland —recitó mecánicamente.

Hugh sabía que lo relativo a los científicos, era en realidad el Teniente Nelson, a cargo del bienestar físico y espiritual del sector de la Nave adonde pertenecía la población en que había nacido Hugh. Acabó de tomar lo que le quedaba del desayuno y se dio prisa a seguir al mensajero.

—¡Cadete Hoyland! —se presentó a sí mismo. El científico levantó la mirada de su desayuno y repuso:

—Ah, sí; pasa, hijo mío. Siéntate. ¿Has comido?

Hugh repuso afirmativamente; pero sus ojos no se apartaban con interés de la maravillosa fruta que tenía su superior ante él. Nelson siguió la mirada de Hugh.

—Ah, come alguno de esos higos. Son una nueva mutación... me los han traído desde lejos, de la otra parte. Vamos, adelante, un hombre de tu edad siempre está dispuesto a tomar algunos bocados más de lo que le guste.

Hugh aceptó. Nunca antes había comido en presencia de un científico. Su superior se retrepó en su butaca, se lim-

pió los dedos en la camisa, se arregló la barba y comenzó su disertación.

—No te he visto mucho últimamente, hijo. Cuéntame qué es lo que has estado haciendo —y antes de que Hugh replicase, continuó—: No, no me lo digas, te lo diré yo. Por una parte, has estado explorando, subiendo y escalando la Nave sin mucho respeto para las zonas prohibidas. ¿No ha sido así? —y miró fijamente al joven. Hugh farfulló algo en busca de una respuesta adecuada. Pero de nuevo le dejaron con la palabra en la boca—. No importa. Yo lo sé y tú sabes que lo sé. No estoy demasiado disgustado por eso. Pero eso me trae a la mente la idea de que ya va siendo hora de que decidas lo que hacer con tu vida. ¿Tienes algún plan?

—Bien... ninguno definido aún, señor.

—¿Y qué hay de esa chica, Edris Baxter? ¿Tienes idea de casarte con ella?

—Pues... bueno, no lo sé, señor. Supongo que sí, y creo que su padre lo permite. Solo que...

—¿Solo qué?

—Bien... quiere que aprenda a trabajar en la granja. Supongo que es una buena idea. Sus trabajos agrícolas junto con los negocios de mi tío harían una buena propiedad.

—Pero... ¿no estás seguro?

—Pues... no lo sé.

—Está bien. Tú no estás hecho para eso. Tengo otros planes. Dime, ¿has imaginado alguna vez por qué te enseñé a leer y escribir? Desde luego, tienes que haberlo supuesto. Pero no has mantenido tu propio criterio. Eso es bueno. Y ahora, escúchame con atención. Te he venido observando desde que eras un niño pequeño. Tú tienes más imaginación que la mayoría de la gente, más curiosidad, más empuje. Eres un caudillo nato. Eres diferente a los demás, incluso desde que eras un bebé. Tu cabeza era demasiado grande, en cierto modo y hubo alguno que incluso votó, cuando naciste, para ser arrojado al Convertidor. Pero